

VII PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2016

Esmeralda y yo

Juana Cortés Amunarriz

Ilustraciones
de Bea Tormo



ANAYA

Esta obra ha sido galardonada con el VII Premio de Literatura Infantil «Ciudad de Málaga» 2016, convocado por el Ayuntamiento de Málaga en colaboración con Anaya y coordinado por Antonio A. Gómez Yebra, quien formó parte del jurado junto a Maite Carranza, Jackeline de Barros, Pablo Aranda y Pablo Cruz.



**Ayuntamiento
de Málaga**
Área de Educación

© Del texto: Juana Cortés Amunarriz, 2016
© De las ilustraciones: Bea Tormo, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayaintantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, octubre 2016

ISBN: 978-84-698-0887-0
Depósito legal: M-31333-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

VII PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2016

Esmeralda y yo

Juana Cortés Amunarriz

Ilustraciones de Bea Tormo



ANAYA

*A mis hermanos;
a los niños que un día fuimos.*

1

Subimos uno tras otro, llevando las maletas, las mochilas y el envase de plástico donde viajaba Esmeralda. Mi padre iba el primero, bien cargado, y le seguía mi madre. Luego Alicia, David y Luis, y detrás de mí Iciar que, a pesar del esfuerzo de subir las escaleras, no callaba.

—No me gusta esta casa —repetía Iciar frunciendo los labios—. No me gusta esta casa...

—Pero si todavía no la has visto —intervino mi madre con su infinita paciencia.

—Me da igual. No me gusta. No me gusta —repetía.

Mi hermana pequeña era incansable. Una vez había repetido la misma frase,

«Quiero chocolate, quiero chocolate...», ochocientas veinticuatro veces, hasta quedarse afónica. Mi padre abrió la puerta y fuimos entrando en lo que sería nuestra nueva casa.

—Huele a calcetines húmedos —dijo David.

—Sí, claro a tus calcetines —le respondió Luis.

—No, a los calcetines de Ángela.

—A mí me dejáis en paz —protesté.

Iba pendiente de Esme, a la que llevaba metida en un táper cubierto con una tapa rosa para que el agua no me salpicara la nariz. Estaba deseando llegar y sacarla de allí y ponerla en una pecera digna.

—No te quedes ahí en medio, Alicia —dijo mi hermano David.

—Tú te callas —contestó mi hermana.

—¡Ya vale! ¡Ya vale! —intervino mi madre—. ¿Por qué no vais a ver las habitaciones?

No, no estábamos de buen humor, pero la disputa a la hora de repartirnos

las habitaciones nos ayudó a combatir la añoranza que nos había acompañado durante el viaje. Tras una buena discusión, decidimos que Alicia, por ser la mayor, se instalaría sola en la habitación pequeña. David y Luis, los mellizos inseparables, compartirían la habitación con dos camas. Iciar y yo nos tuvimos que conformar con el cuarto de las literas. Yo, por supuesto, elegí la de arriba.

—Es un asco ser pequeña —protestó Iciar, y todos estuvimos de acuerdo.

Mientras mi padre subía el resto del equipaje de la furgoneta y mi madre se las ingeniaba para preparar la cena con las cuatro cosas que habíamos traído, nosotros íbamos deshaciendo las maletas y colocábamos la ropa en los armarios. Era extraño instalarse en una casa nueva. ¿Quién habría vivido allí antes? ¿Cómo sería nuestra nueva vida en aquel lugar?

Nos sentamos a la mesa, observados por Esmeralda, que parecía aliviada tras cambiar el táper por su pecera. Daba

vueltas y vueltas contenta. Mi madre, para animarnos, había hecho una montaña de espaguetis con tomate y nos dejó servirnos a nuestro antojo. Sin embargo, todos nos sentíamos un poco raros porque estábamos en una ciudad extraña, en una casa extraña que, en eso mis hermanos tenían razón, olía a calcetines húmedos. Atrás quedaban nuestros amigos, la familia, los vecinos, las costumbres de nuestro pueblo. ¡Ay! ¡Qué lejos estaban!

Mi padre intentó hacernos reír con uno de sus chistes, pero solo consiguió arrancarnos una sonrisa triste. No estábamos para chistes esa noche. En su ronda nocturna mi madre fue dándonos su beso de buenas noches, pero yo estaba tan enfadada con el mundo que me hice la dormida.

Me coloqué junto a la mesa del tutor, que se llamaba Ignacio Cuesta, más conocido como el Champi. El tono de voz de Cuesta era tan bajo que para imponer silencio tenía que repetir unas seis veces la

palabra «chicos». Hasta que, forzando la voz, amenazaba: «¿Alguien quiere que le ponga una amonestación?». Momento en el que los alumnos se callaban y empezaba la clase.

—Esta es vuestra nueva compañera, Ángela —dijo el profe.

Ahora era yo el centro de atención de toda la clase. Permanecí callada, con la mirada clavada en el suelo. Tierra trágame. Me sentía el animal estrella del zoo, el que más visitas recibe al día. Podía ser un gorila blanco, un oso panda o un koala. Si me hubieran tirado algo, me lo hubiera comido para que aplaudieran.

—Aunque el curso empezó hace unas semanas, seguro que no tienes problemas en ponerte al día —me dijo Cuesta.

Me fijé en los alumnos de la primera fila. Supuse que se trataba de los alumnos más revoltosos, aunque yo todavía no los conocía. En ese momento un chico pelirrojo me hizo una mueca horrible, torciendo los ojos y sacando la lengua. Me hubiera encantado responderle, pero

no era la ocasión, así que le ignoré y seguí aparentando ser un oso panda.

—Además, te vas a sentar con Lucía, que es una alumna muy aplicada, que te servirá de apoyo en lo que necesites —añadió Cuesta. Una niña rubia hizo un gesto con la cabeza—. Ahora vete a tu sitio. Vamos a empezar ya la clase.

Y me dirigí al pupitre libre, que estaba en la tercera fila, arrastrando un poco los pies. Necesitaba que alguien me echara un cable; me sentía en inferioridad de condiciones. Incorporarme al colegio con el curso empezado era algo horrible. Y eso, unido al hecho de no conocer a nadie y, por primera vez, estar separada de mis hermanos, hacía que aquel no fuera el mejor día de mi vida.

Examiné a mi compañera. Tenía el pelo largo y rubio y los ojos verdes. Era una niña muy mona. Estaba segura de no existir para ella, cuando, de repente, Lucía, aprovechando que el profe escribía algo en la pizarra, se giró y me miró con sus bonitos ojos.

—Has tenido suerte de que te sienten conmigo. Luego en el recreo contestarás a unas preguntas —añadió antes de girar la cabeza para atender de nuevo a Cuesta.

Descifrar las palabras de Lucía me impidió prestar atención al profe durante el resto de la clase. Lucía no había dicho: «Hablabamos en el recreo» o «No te preocupes, luego te prestaré atención, ahora no puedo». No, sus palabras habían sido otras y había utilizado un verbo en futuro bastante antipático. Aquello parecía una orden. Parecía la forma de hablar de Alicia cuando se ponía muy, muy desagradable y acababa diciendo que un día se iría de casa y que no volvería. Realmente, si aquella era una forma de darme la bienvenida, no dejaba de parecerme un poco extraña.

En el patio se lo estaban pasando de lo lindo. El grupo de chicos de la primera fila formaban un círculo y se reían a carcajadas. Yo estaba con Lucía y otros tres compañeros: Alegría, Inés y Fede.

—Son una panda de animales... —dijo Lucía refiriéndose a los del círculo.

Se trataba de Fernando el Chinchetas; Luis Fitipaldi; Eloy, más conocido como Patata... Según Lucía, la Cyclón era la peor: olía mal y tenía los caninos torcidos... La Cyclón se llamaba Aurora González, y se disputaba el liderazgo del grupo con el Chinchetas. Con frecuencia, cuando las cuidadoras estaban despistadas, como ocurría en ese momento, los dos se peleaban en el patio. La Cyclón era la hija del Mulo González, un conocido boxeador, y ella sabía lo suyo porque desde que era un bebé su padre la llevaba a los entrenamientos.

Hubiera preferido que me contaran más cosas de la clase, por irme situando, pero Lucía, como me había anticipado, tenía algunas preguntas que hacerme.

—¿Dónde vives? ¿Cuántos hermanos tienes? ¿Cuántos años tienen tus padres?

A las primeras preguntas contesté con bastante sinceridad, por eso de abrirme a

los demás y poner de mi parte, como decía siempre mi madre, pero pronto empecé a aburrirme.

—¿Cuántos habitantes tenía el pueblo en el que vivías?

¡Por Dios! ¡Cómo le gustaban los números a Lucía! ¡Con lo poco que me gustaban a mí las matemáticas!

A mí se me ocurrían otras preguntas más oportunas para iniciar una conversación. «¿Cómo estás?», por ejemplo. O «¿Te gusta el colegio?». No se puede decir que fueran grandes preguntas, pero al menos no eran tan frías. Porque lo que hacía Lucía con sus malditas preguntas era conseguir información, pero en ningún momento parecía importarle cómo era yo o qué pensaba. Y a mí aquel interrogatorio empezaba a molestarme.

Mientras Lucía continuaba con su cuestionario (¿cuánto tiempo vais a estar aquí?, ¿de qué equipo de fútbol es tu padre?...), Alegría se limpió la nariz y se dejó un moco pegado en la punta.

—Se te ha quedado un moco pegado a la nariz —le dije.

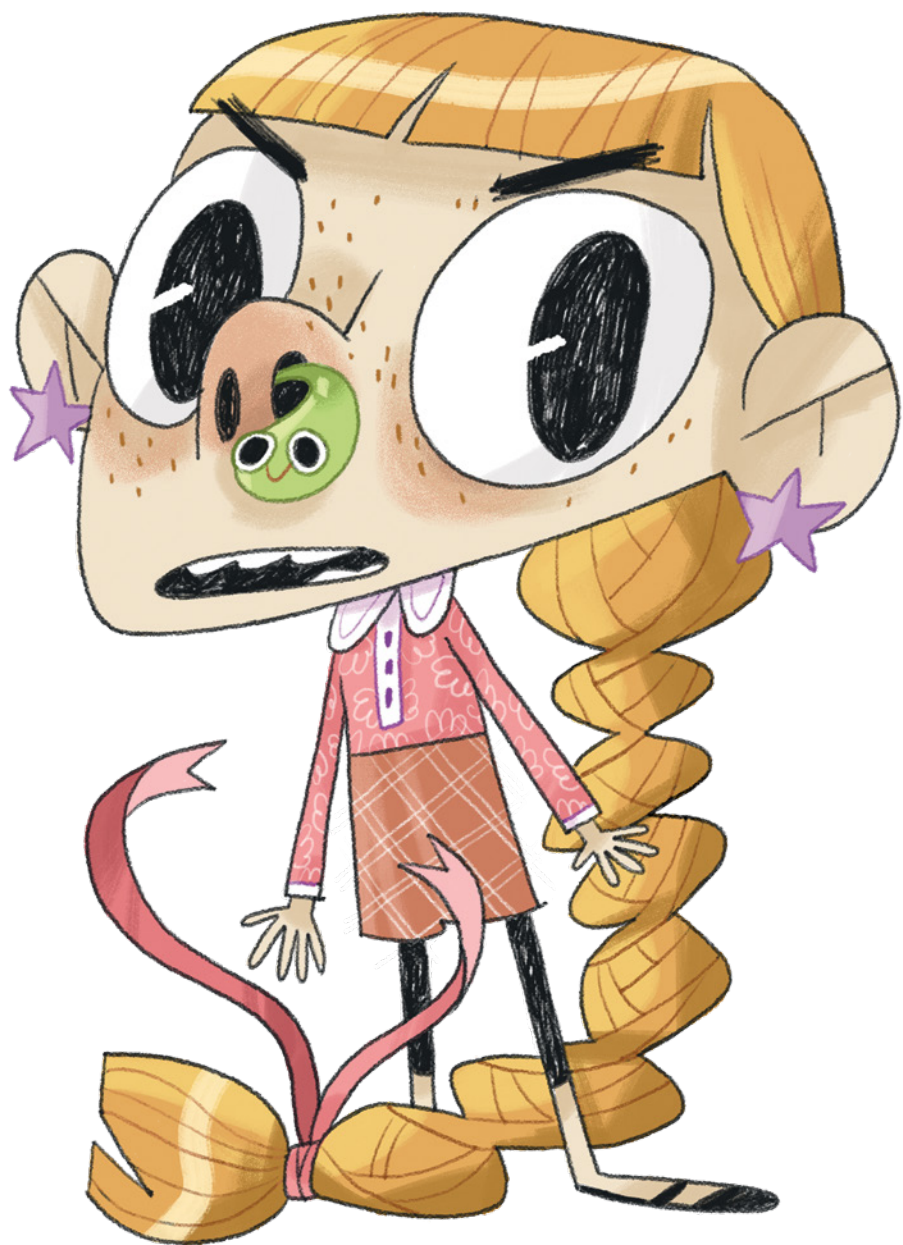
A mí su moco me daba igual. Vivir con los mellizos me había curado de espanto. De verdad, a mí aquello ni me iba ni me venía, pero pensé que era mejor decírselo a que se pasara la mañana haciendo el ridículo. Quise incluso hacerle un favor, caerle bien. Pensé que si las primeras palabras que te dirige una desconocida son esas, es que, sin duda, se trata de una persona de total confianza. Sin embargo, Alegría, aquella niña flaca, de barbilla prominente y una larga trenza, me miró como si estuviera desvelando un secreto horrible.

—Seguro que no era un moco —dijo después de habérselo limpiado.

—Claro que era un moco —le contesté. Una puede ser estúpida pero no tanto.

—No era un moco —insistió Alegría, que se iba poniendo colorada.

—Si Alegría dice que no era un moco, no era un moco —intervino Lucía, molesta porque habíamos interrumpido su interrogatorio.



Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	24
Capítulo 3	38
Capítulo 4	52
Capítulo 5	63
Capítulo 6	82
Capítulo 7	100
Capítulo 8	110
Capítulo 9	133